



## Domingo de Ramos

“Domingo de Ramos de la Pasión del Señor” conmemora dos dramáticas procesiones públicas en la última semana de Jesús de Nazaret. La procesión del Domingo de Ramos recuerda Su entrada triunfal en Jerusalén a la aclamación desenfrenado de la gente. La procesión de la Pasión expone su humillante salida de la ciudad solo unos días después al lugar de la crucifixión. En la primera, Jesús cabalga en honor, llevado al lomo de un burro; en la otra, tropieza y cae por las calles sin apoyo, agobiado por la pesada viga de repudio que los Romanos le hicieron llevar hacia Su muerte.

Estas dramáticas procesiones tienen lugar en plena vista pública. Pero los escritores del Evangelio también llaman a nuestra atención a dos procesiones menos prominentes la noche de la Pasión: la de Judas y la de Pedro.

Judas abandonó la Última Cena mientras todavía se llevaba a cabo, alejándose culpablemente de la comunión Eucarística y la unidad Apostólica. Él “salió”, nos dice San Juan, para formar una procesión de traición a Getsemaní. Porque “era de noche”, y tuvo que conseguir una banda de soldados y asegurar los detalles del arresto de Jesús.

Cada paso que Judas daba hacia ese decisivo beso de identificación lo hundía aún más en las arenas movedizas de la conspiración. Demasiado tarde se dio cuenta: “He pecado al traicionar sangre inocente”. “Compruébalo tú mismo”, le

aconsejaron los sumos sacerdotes. Pero Judas no estaba a la altura. No podía perdonar ni justificar. Lanzando sus treinta piezas de plata en el Templo, “fue y se ahorcó”. La procesión de la traición conduce a la muerte.

La procesión de Pedro lo llevo a otro lugar –no a la traición, sino a la negación. En la confusión después del arresto de Jesús, dice San Marcos, Pedro “lo había seguido de lejos hasta el patio interior del Sumo Sacerdote.” Allí procedió con creciente intensidad a negarlo tres veces que conocía al hombre que lo había llamado desde su barca de pescador y lo había llamado Roca de la Iglesia. Cuando el sonido del gallo atravesó esta mendacidad, Pedro “salió y lloró amargamente”. Su procesión de la Pasión terminó en lágrimas de arrepentimiento.

¿Dónde termina la mía? ¿Venderé mi fe por un precio como lo hizo Judas? ¿Puede mi lealtad a Cristo ser comprada con 30 pedazos de plata? ¿O soy como Pedro, deteniendo mi procesión “a distancia” de este Jesús a quien el mundo juzga? ¿Temo la culpa por asociación con el desacreditado Rey de los Judíos? ¿Confío en mi propia fuerza autosuficiente para nunca negarlo?

La traición de Judas o la negación de Pedro –dos formas de “manejar” la Pasión de Cristo. Judas activamente entregó a Jesús a sus enemigos; Pedro se apartó de su camino, escapó en la noche, faltó de estar con Su Maestro en Su hora de necesidad. Judas provocó la muerte de Jesús; Pedro no trató de detenerlo.

La cuaresma presenta otra alternativa. La encontramos en las palabras de Jesús en el Evangelio de San Lucas: “Estén vigilando y orando en todo momento, para que tengan fuerzas . . . para estar de pie ante el Hijo del Hombre.”